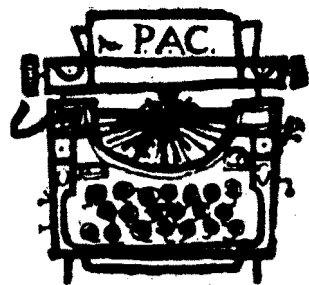


Sobrevivir no es renacer



Sobrevivir no es renacer.

Renacer es el efecto de una sobreabundancia de vida. Sobrevivir es solamente escapar de la muerte. Renace el árbol en la primavera por la fuerza renovada de la naturaleza. Sobrevive el naufrago desesperadamente agarrado a una tabla entre las olas.

Al sobreviviente de Managua le falló la tierra y le falló el techo: dos símbolos maternos que al faltar producen una sensación de orfandad, reviviendo en el hombre la angustia del niño recién nacido que acaba de abandonar la seguridad del vientre. En el terremoto de diciembre esa inseguridad fue mayor porque la Autoridad, que simboliza y aporta PROTECCION en casos similares, no tuvo entre nosotros, desgraciadamente, ese significado.

Al sobreviviente de Managua se le destruyó el tejido de su historia.

Jorge Luis Borges en "El Testigo" dice que un número infinito de cosas muere en cada hombre que muere. Es imposible calcular lo que cada hombre transmite a los demás de conocimientos y de experiencias a veces insustituibles. Cuántos fragmentos de historia, cuántas invenciones han quedado para siempre desconocidos porque quienes los conocían murieron antes de transmitirlos. Este es sólo un aspecto del vasto tejido de valores q' representa y aporta una sola vida humana. Pues bien, si en vez de una vida son quince o veinte mil personas las que mueren de pronto y al unísono, el conjunto de testimonios PUNTOS DE APOYO y aportes q' desaparece es infinito y su negro agujero es un vacío disolvente en una sociedad. De la misma manera, una casa destruida es un lugar alrededor del cual cesan multitud de recuerdos y referencias. Pero, si en vez de una casa es una ciudad entera la que desaparece de golpe, el vacío de historia que se produce es abismal. Con la destrucción de Managua, centenares de miles de nicaragüenses han sentido que una parte o casi toda su historia personal se ha borrado. Que en un minuto pasó a ser recuerdo sin documentos, sin puntos de referencia, sin sustento en la realidad, la mayor parte de su experiencia vital. Contrariando la forma sucesiva del olvido, el tiempo hizo en un minuto la labor de destruir y borrar que suele durar siglos. La Managua de ayer mismo, nuestras relaciones establecidas a través de ella, el tejido sutil de nuestro vivir diario respuntado a sus calles, casas, vecinos, horarios, rostros... todo el tejido de lo acostumbrado, se hizo añicos. (Pedro Rafael Gutiérrez en su "Réquiem por una ciudad muerta" lo que trata obsesiva y desesperadamente es de resucitar esos lugares y cosas, de

rehacer con palabras, ese roto tejido irreparable. Es la necesidad de documentar lo perdido). Si al organismo corporal nada le inquieta tanto como que le falte la tierra bajo los pies —porque es perder el sustento natural—, a la mente humana nada la desconcierta más que este vacío súbito de su propia historia. El sobreviviente se ve de pronto arrojado a "otra" vida con su "YO" despojado de sus circunstancias. Y esta destrucción de lo circundante, que es sustento y parte del "yo" personal, produce una profunda, casi agobiante, angustia de soledad.

El sobreviviente, por tanto, es un ser que ha saltado sobre la muerte; es un ser que estrictamente ha perdido SU vida y que al saltar sobre ese vacío se encuentra al otro lado, en cierto modo niño (porque tiene que volver a comenzar), y en cierto modo primitivo (porque no tiene otro horizonte que el elemental).

El peligro del sobreviviente es quedarse allí. Conformarse con sobrevivir. Aferrarse —como el naufrago a su tabla— a cualquier situación sobrevivida, por perjudicial que sea, con tal de flotar.

El peligro es que el Managua sobreviviente, atrapado por lo elemental y por lo provisional, haga una ciudad-tabla-de-naufrago y no una ciudad-barco (es decir, estructurada sobre los valores permanentes del hombre) capaz de navegar civilizadamente hacia el futuro.

El peligro es no dar el paso del sobrevivir al renacer. El paso que va de construir en la dispersión, a crear una comunidad.

Para que el sobreviviente renazca necesita superar sus propios vacíos y saltar sobre la elementalidad. Saber que si ha perdido su historia, no superará ese vacío si no se decide a ser protagonista de su historia. (Si no se decide a ser partícipe en las decisiones que impliquen su destino, o lo que es lo mismo, a ser ciudadano de una democracia dialogante y no súbdito de un cesarismo imperativo). Saber que la seguridad perdida la va a recuperar construyendo una sociedad solidaria, donde los derechos humanos no solamente sean respetados sino promovidos, y dándose una Autoridad que represente —no el privilegio y la represión— sino la Justicia y la Equidad de ese vivir comunal. En fin: el renacer es político. Crear una ciudad nueva exige crear una política nueva, porque lo que una ciudad escribe en piedra y cemento es su lenguaje político. En la Loma (construcción feudal) y en Acahualinca (construcción marginada) se leía el texto político de la vieja Managua. Para una nueva Managua necesitamos dictarle al concreto y al macadán el texto político de un nuevo humanismo.

De otro modo sobrevivimos, pero no renacemos.

PABLO ANTONIO CUADRA.